

PROMETEO, EL LADROÓN DEL FUEGO

Al principio de los tiempos, los dioses establecieron su hogar en la cima del monte Olimpo, cerca de las estrellas. En aquel lugar idílico, llevaban una vida de lo más placentera: paseaban con calma por sus amenos y coloridos jardines, celebraban grandes banquetes en sus palacios de mármol y tomaban a todas horas néctar y ambrosía, un licor y un alimento dulcísimos que aseguraban su inmortalidad.



Mientras tanto, los hombres hacían su vida abajo, en la Tierra. Habían sido creados con arcilla, y pasaban sus días cultivando los campos y criando ganado. En los momentos difíciles, rezaban a los dioses para pedirles auxilio, y después les agradecían la ayuda recibida haciéndoles ofrendas. De cada cosecha que los hombres recogían y de cada animal que sacrificaban, quemaban la mitad en los templos, y así la ofrenda, convertida en humo, llegaba hasta la cima del Olimpo.

Todo iba bien hasta que un día, tras haber matado a un robusto buey para comérselo, los hombres empezaron a discutir sobre qué parte del animal debían quedarse y cuál tenían que entregar a los dioses.

Uno dijo que se quedaran con la carne y quemaran los huesos.

Otros decían que eso era una locura, si le daban la peor parte a los dioses le castigarían sin piedad. Pero ¿De qué se van a alimentarse si entregan la carne? El mismísimo Zeus, padre de los dioses, entró en la disputa. La carne del buey debía ser para ellos dijo uno. Los hombres, sin embargo, se resistieron a entregársela, así que la discusión se prolongó durante mucho tiempo. Al final, Zeus propuso que fuese Prometeo quien decidiera cómo debía retribuirse el buey.

Prometeo era sabio y justo y encontrará la solución más adecuada. Los demás aceptaron su decisión y, en adelante, todos los animales serán repartidos tal y como Prometeo diga. Prometeo pertenecía a la raza de los titanes, que habían sido engendrados antes incluso que los dioses. Todo el mundo lo admiraba por su sabiduría y astucia. No sólo podía prever el futuro, sino que dominaba todas las ciencias y todas las artes: la medicina y las matemáticas, la música y la poesía. Su mente era poderosa y veloz como un caballo al galope. Cuando Zeus le expuso el dilema del reparto del buey, Prometeo se sentó a meditar y entabló en su conciencia un largo diálogo consigo mismo.

Era natural que los hombres se resistan a entregar la carne. Son ellos quien han criado al buey, y tenían derecho a quedarse con la mejor porción.

Pero olvidaban que los dioses eran codiciosos y egoístas. No aceptarían que los hombres se queden con la carne. Pero los dioses no lo necesitan. Bebían néctar a todas horas, y disponían de ambrosía para llenar su estómago. En cambio, los hombres han de comer para sobrevivir. Si les entregaban la carne a los hombres, Zeus se enojaría. Entonces, había que conseguir que Zeus crea que la decisión de quedarse con los huesos lo había tomado él mismo...

Prometeo ideó enseguida la trampa que necesitaba. Luego, despellejó el buey, lo descuartizó y dividió los restos del animal en dos grandes montones. Cuando todo estuvo listo, llamó a Zeus y le dijo que eligiese el montón que prefiera. De aquí adelante todos los animales se repartirían por la mitad para los dioses y para ellos. Zeus miró los dos montones. Uno le pareció gris y poco apetitoso, mientras que el otro le atrajo por su brillante aspecto. Así que no tuvo que pensárselo mucho. Señaló el montón resplandeciente. Ese era para ellos. Hermes, el hijo de Zeus, se hallaba presente en la conversión. Como era experto en idear trampas, no resultaba fácil engañarlo. Se acercó al oído de Zeus y le dijo que él no se precipitara porque había algo extraño en ese reparto.

No había visto que Prometeo había agachado la cabeza al hablante y él siempre miraba a la cara. Era el padre de los dioses era algo lógico que Prometeo tenga un poco de miedo. No era el primero que agachaba la cabeza al mirarle. Zeus no tardó en advertir el gran error que había cometido.

Sucedía que Prometeo había puesto en un montón la carne y las vísceras del buey, y luego lo había tapado todo con el estómago, que es la parte más sosa del animal. En el otro montón, había colocado los huesos y los tendones, pero lo había cubierto con la grasa, cuyo brillo despierta el apetito. Zeus, por supuesto, había elegido este último montón. Así que, cuando llegó a la cima del Olimpo y descubrió el engaño, se volvió loco de rabia. ¡Prometeo se había burlado de él! Zeus les robó el fuego a los hombres para que tuvieran que comerse los alimentos crudos. Sin fuego, la vida en la Tierra se volvió insostenible. Los hombres no podían hacer nada contra el frío glacial que les helaba las manos ni contra el miedo a la oscuridad que los atormentaba de noche. Prometeo, al verlos sufrir tanto, se conmovió. Al día siguiente, Prometeo subió al monte Olimpo y, sin que nadie lo viera, acercó una pequeña astilla al fuego que Zeus les había arrebatado a los hombres y la guardó en una cáscara de nuez. De regreso a la Tierra, encendió con aquella astilla una antorcha y se la regaló a los hombres para que pudieran calentarse de nuevo. Pero, cuando Zeus vio desde el Olimpo que el fuego volvía a arder en la Tierra, su furia no tuvo límites. Prometeo le había vuelto a engañar. Les dejaron en ridículo delante de toda la humanidad.



Zeus se vengó entonces por partida doble a una mujer llamada Pandora. Luego mandó a encadenar a Prometeo a unas de las montañas del Cáucaso, cerca del Mar Negro. Allí, el titán pasó miles de años sin poderse mover, soportando a cielo abierto el frío intenso de la noche y el calor asfixiante del día. Cada mañana, Zeus enviaba una feroz águila al Cáucaso para que le comiese el hígado a Prometeo, y cada noche el hígado se regeneraba por sí mismo, para que el águila pudiese devorarlo de nuevo al amanecer. La vida de Prometeo, pues, se convirtió en un auténtico infierno, pero Zeus siempre pensó que el castigo era justo, pues no había falta más grave que engañar a los dioses.